

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXV



C. S. I. C.
1995

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

TOMO XXXV



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1995**

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños ..	13
Arte	
Una nueva obra de José de Churriguera: El monumento de Semana Santa del Monasterio de la Encarnación, por Ángel Aterido Fernández	19
Isidoro Arredondo, pintor madrileño del siglo XVII, por José Luis Barrio Moya	33
Los alarifes en Madrid en la época de Felipe II, por María Teresa Cruz Yabar.....	57
Velázquez, Mazo y José de Villarreal, en el proceso ceremonial para los desposorios de Luis XIV y María Teresa de Austria, por María José García Sierra.	101
La colección de platos metálicos alemanes, de función decorativa, del Museo Arqueológico de Madrid, por Fernando Olaguer-Feliú y Alonso.	119
El Cementerio de la Sacramental de San Martín, por Carlos Saguar Quer.	135
El informe del gobernador Juan Antonio Samaniego. Crítica al proyecto del palacio de Aranjuez en el siglo XVIII, por Virginia Tovar Martín.	145
La arquitectura para exposiciones en el recinto de las Ferias del Campo de Madrid (1950-1975) y los antiguos pabellones de I.F.E.M.A., por Ángel Urrutia Núñez.	177

Págs.

Las colecciones de pinturas, en Madrid, del noveno Duque de Alba Don Antonio Martín Álvarez de Toledo, por Matilde Verdú Ruiz.	197
El programa iconográfico del desaparecido Monasterio de Nuestra Señora de la Merced de Madrid, por María Inmaculada Zaragoza Arribas.....	227
 Documentos	
Noticias madrileñas que ahora cumplen centenario, por J. del C.	243
 Geografía	
Ante una nueva edición de las relaciones topográficas madrileñas de Felipe II, por José María Sanz García.	253
 Geología	
Reseña de los materiales pétreos de la Casa de los Cinco Gremios Mayores, por Sandra Martín Moreno.	281
 Historia	
La capilla funeraria de Don Alonso de Castilla, obispo de Calahorra, en Santo Domingo el Real de Madrid, por Gregorio de Andrés Martínez.....	293
El Conde de Montalvo, corregidor de Madrid, por José del Corral.....	305
Festejos celebrados en la capital del reino con ocasión de la Jura de la Princesa María Luisa de Borbón en 1833, por Miguel Ángel López Rinconada y Manuel Muñoz Carabantes.	323
Un Cementerio Parroquial de pobres en el Madrid del siglo XVII, por Antonio Matilla Tascón.	353

Págs.

El acceso al oficio notarial en el siglo xv: La toma de posesión de Juan González de Madrid, por María del Pilar Rábade Obradó.	361
Del antiguo al nuevo convento de Santo Domingo el Real, por Alberto Rull Sabater.	389
Intervencionismo público y municipalización: Pan y subsistencias en Madrid (1898-1923), por Francisco Sánchez Pérez.	403
Sobre el motín Esquilache, por José Valverde Madrid.	423

Literatura

El archivo de los teatros de la Cruz y del Príncipe en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, por Ascensión Aguirri y Purificación Castro.	433
Las guías de forasteros de Madrid en el siglo XVIII, por Francisco Aguilar Piñal.	451
La Insula Barataria entre Arganda y Madrid, por José Barros Campos.	475
Madrid en el Portrait de L'Espagne de M. Legendre, por Luis López Jiménez.	491
Clero y lectura. Las bibliotecas de los presbíteros madrileños del siglo XIX, por Jesús A. Martínez Martín.	503
Valle-Inclán: Vida y Literatura, por José Montero Padilla.	521

Provincia

El Monasterio de el Paular. Propiedades de la Granja de Getafe siglos XV-XIX, por Pilar Corella Suárez.	535
Apunte Geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio.	563
Pedro de Ribera remodela el puente del Retamar y construye el camino del Escorial por Colmenarejo, por Arturo Mohino Cruz y Anastasio Miguel Cuesta.	589

Págs.

Urbanismo

Colonia del «cuartel de la Montaña». Una planificación urbanística satisfaciendo intereses sociológicos y medio ambientales, por Luis Miguel Aparisi Laporta	595
Semblanzas de madrileños ilustres.	631

EL CEMENTERIO DE LA SACRAMENTAL DE SAN MARTÍN

Por CARLOS SAGUAR QUER

El cementerio de la Sacramental de San Martín y San Ildefonso —la más antigua de Madrid, pues sus primeras ordenanzas se remontan al año 1250¹— se emplazó extramuros de la Puerta de Fuencarral, al final de la actual calle de Galileo, viniendo hoy a coincidir sus terrenos con el Estadio Municipal de Vallehermoso.

Tras la Desamortización de Mendizábal, no corrían buenos tiempos para la Archicofradía. En palabras de su apoderado general, «reducida á la nulidad por efecto de las vicisitudes que omito por demasiado sabidas de todo el mundo y privada de la mayor parte de sus bienes, estaba a punto de desaparecer totalmente, cuando hace poco mas de un año [escribe en agosto de 1849], los poquísimos Archicofrades que aun existían concibieron la idea de reanimarla, y si era posible ponerla en el apogeo de sus primitivos tiempos. Difícil era en verdad el proyecto, en la actualidad, pero últimamente persuadida de que las empresas religiosas cuanto mas arduas, tanto mas aceptas son á los ojos de Dios, no vacilaron un momento en ponerlo en ejecución á todo trance. Uno de los medios mas eficaces que hallaron para conseguir su intento (...) fue el de la construcción del Campo Santo en cuestión como una necesidad de la época, idea que há producido tan buenos resultados que de veinte individuos que componían en aquella época la Archicofradía, hoy cuenta con ciento cuarenta y lo que es más, con grandes probabilidades de aumentarse considerablemente, ya por la unión, ya también por la unanimidad que todos manifiestan en cooperar á tan loable objeto»².

En efecto, el 31 de mayo y el 3 de junio de 1848, la Sacramental había dirigido instancias al jefe superior político de la provincia y a la reina Isabel II solicitando la licencia para la construcción de su cementerio. El 14 de julio, la Comisión de Policía Urbana del Ayuntamiento expresaba no encontrar impedimento alguno para la edificación del camposanto en el terreno adquirido por la Sacramental «en el camino llamado de Amaniel, pasado el antiguo Polvorín, fuera de la demarcación hecha para las nuevas Tapias de la Capital», circunstancia ésta que «aleja desde luego el inconveniente que pudiera objetarse de estar muy inmediato a los otros dos Cementerios en

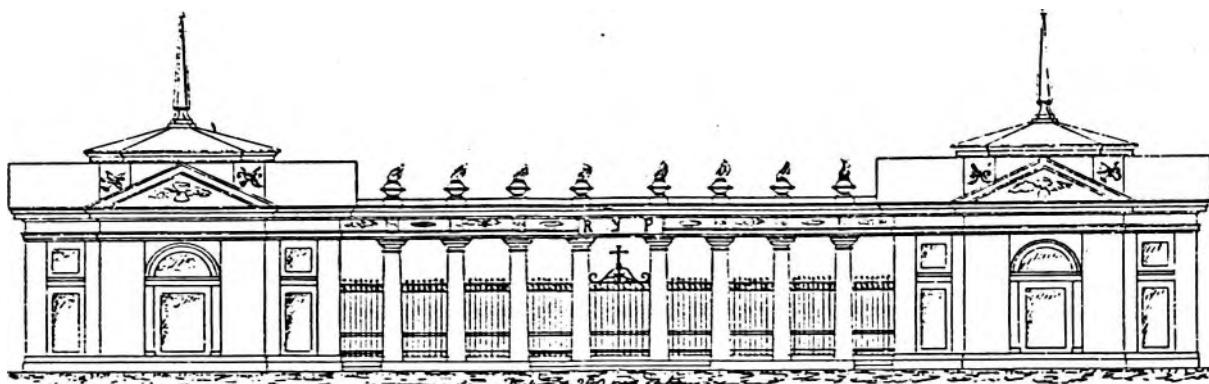
¹ PASCUAL MADOZ, *Diccionario Geográfico...*, Madrid, 1847, tomo X, p. 937. Véase también, JOSÉ DEL CORRAL, *Los cementerios de las sacramentales*, Madrid, 1954, p. 28.

² ARCHIVO HISTÓRICO DEL ARZOBISPADO (A.H.A.), carpeta de documentación del cementerio de San Martín (1850-1921). La cuota de ingreso en la Sacramental costaba 2.000 reales.

uso que hay por aquella parte [el General del Norte y el de San Luis] y al que se pretende edificar por la Hermandad de Palacio [el de la Patriarcal]»¹. El permiso regio llegó el 16 de diciembre de 1848 y el 28, D. Pantaleón Esteban, tesorero de la Archicofradía, solicitó el del Ayuntamiento. El arquitecto municipal Isidoro Llanos se encargó de la tira de cuerdas².

Siguiendo el ejemplo de la Sacramental de San Luis, la de San Martín adquirió un vasto terreno, un cuadrado de 600 pies de lado [aprox. 168 metros], para ir luego construyendo poco a poco, cuando las condiciones económicas lo permitieran, y evitar así la irregular yuxtaposición de patios de otros cementerios. El solar fue dividido en nueve espacios cuadrados, escogiéndose el central del lado Este para establecer el primero de los patios³.

El trazado de este primer recinto se encargó al arquitecto de la Real Academia Wenceslao Gaviña, que ya en 1846 había realizado un hermoso proyecto para la Sa-

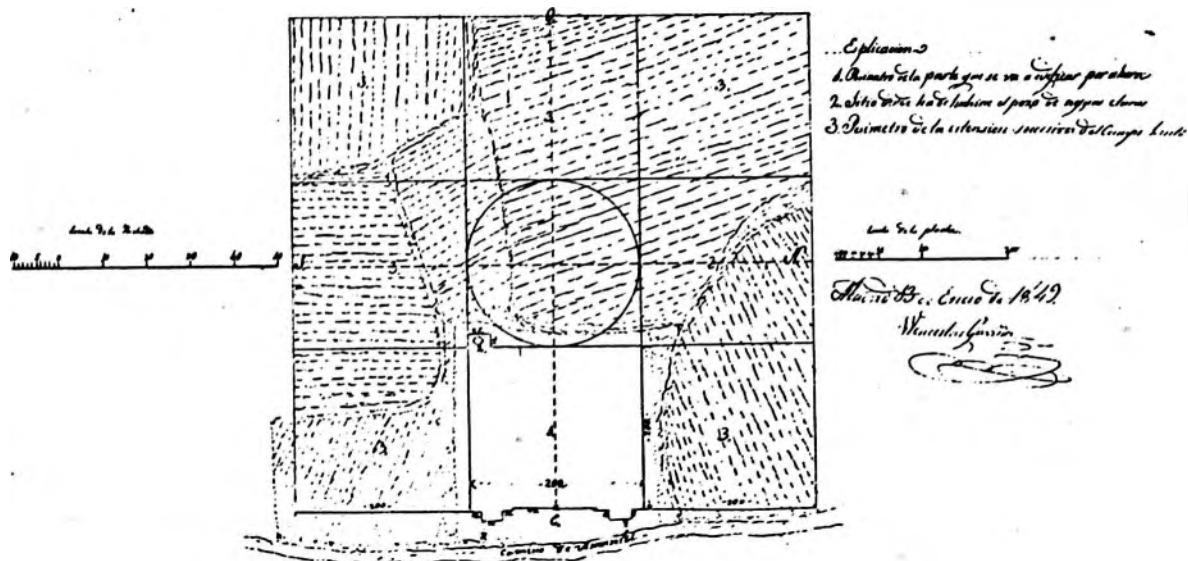


Wenceslao Gaviña: *Proyecto de fachada para el cementerio de San Martín, 1849.* (A.S.A.)

¹ ARCHIVO DE LA SECRETARIA DEL AYUNTAMIENTO (A.S.A.), leg. 4-53-70. Sobre los citados cementerios, véase CARLOS SAGUAR QUER, «La última obra de Juan de Villanueva: el Cementerio General del Norte de Madrid», en *Goya*, 1987, nº 196, pp. 213-221; «Una gran obra olvidada de Narciso Pascual y Colomer: el cementerio de la Sacramental de San Luis», en *Academia*, 1989, nº 68, pp. 317-338; «El cementerio Patriarcal de la Real Hermandad de Palacio», en *Reales Sitios*, 1993, nº 118, pp. 46-56.

² Escribe Llanos: «resulta que la fachada principal que mira a Oriente y da frente a dicho camino [por el de Amaniel], debe establecerse en linea recta en los 200 pies [aprox. 56 metros] que tiene de estension, excepto en los dos pabellones salientes que se tratan de formar a los extremos de la linea para la decoracion de la fachada de mano derecha que mira al norte y las del medio dia y poniente se establecerán también en linea recta en los doscientos pies de que consta cada linea formando angulos rectos con la principal las dos primeras y siendo la tercera paralela a la misma». A.S.A., leg. 4-62-100.

³ Madoz estaba bien informado del proyecto: «Ha de constar este cementerio de 9 patios comprendidos en un cuadrado», su construcción «se verificará en diferentes épocas, segun lo exija la necesidad y lo faciliten los recursos». *Ob. cit.*, p. 937.



Wenceslao Gaviña: *Plano de los terrenos adquiridos por la Sacramental de San Martín marcando el perímetro del primer patio, 1849.* (A.S.A.)

cramental de San Justo. El 13 de enero de 1849 el arquitecto firmaba el plano de la fachada principal; en la misma hoja incluyó el perímetro del patio que se pensaba edificar entonces y la distribución de las futuras ampliaciones⁶.

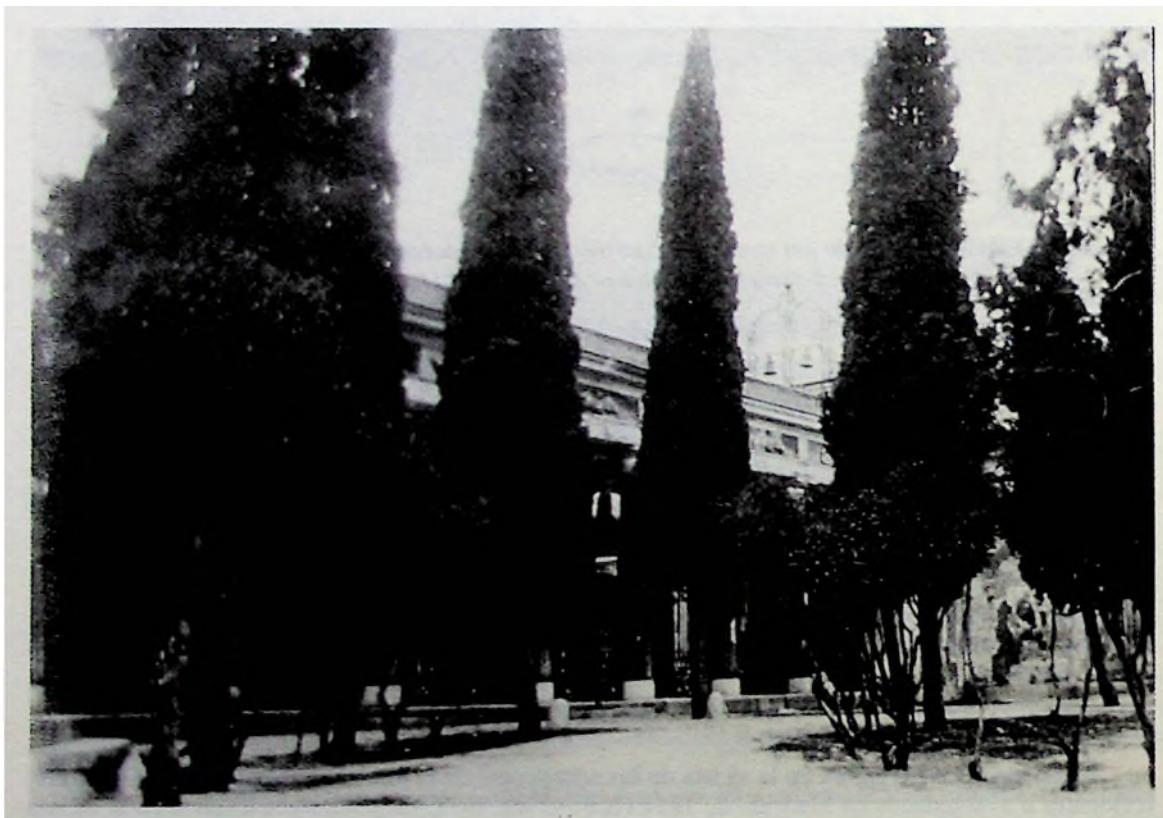
La citada fachada se componía de dos pabellones simétricos, ligeramente destacados en planta, que se enlazaban con un doble pórtico de orden dórico griego cerrado con verja de hierro. Dicho pórtico o propileo presentaba dos series paralelas de ocho columnas –sin basas, con el primer tambor de piedra y fustes estriados estucados en rosa– sobre las que corría un entablamento (coronado por flameros en el dibujo de Gaviña) en cuyo friso los triglifos alternaban con amplias metopas decoradas con búhos. Este elegante peristilo clásico puede entreverse, a través de los añosos cipreses

⁶ A.S.A., leg. 4-62-100.

Wenceslao Gaviña figura en la «Lista de los arquitectos de la Real Academia de San Fernando, residentes o avecindados en Madrid» de 1852 (A.S.A., leg. 6-143-25). Aparece todavía en la «Lista de los arquitectos españoles publicada por la Sociedad Central» en 1882 (A.S.A., leg. 6-143-47), lo que hace posible que fuera también autor de las sucesivas ampliaciones del camposanto. La actividad constructiva de Wenceslao Gaviña en los cementerios de San Martín y San Justo, los hermosos panteones que levantó en el de San Isidro –para el conde de Bagaes (1860), conde de Casal (1862), conde de Villariezo (1868), marquesa de Almonacid (1870), D^r Dolores Pequeño y Marco (1871)–, así como sus intervenciones en la ciudad –casa palacio del marqués de Claramonte (Plaza de la Villa, nº 1), edificios de viviendas de la Puerta del Sol nº 3, calle Mayor nº 70 y calle Salitre nº 38– muestran un estilo muy personal, un refinado y elegante clasicismo que le convierte en una de las figuras más interesantes, y desconocidas, de la arquitectura madrileña de la época.

del ingreso, en una vieja fotografía del Archivo Histórico del Arzobispado. Un cronista de la época lo encontraba de «muy buen efecto», con un golpe de vista «halagüeño al par que magestuoso»⁷. Esta difícil conjunción es el principal mérito del proyecto de Gaviña, el cual bien pudo inspirarse en la fachada del palacio de la Alameda de Osuna que Martín López Aguado había construido pocos años antes. También aquí Gaviña renunció a destacar el eje principal con un frontón o un ático, limitándose a abrir ligeramente el intercolumnio central⁸.

Los pabellones de los extremos —enfoscados del mismo alegre color que la columnata— eran de planta de cruz griega, con frontones en cada lado y espacio central cubierto con techumbre de ocho paños rematada por un obelisco⁹. Muy medida la co-



Fachada principal del cementerio de San Martín, fotografiada en 1921. (A.H.A.)

⁷ WAMBA, «Revista de cementerios», en *La Ilustración*, 8 de noviembre de 1851, nº 45, p. 355. También destaca la columnata PEDRO DE RÉPIDE en «Los cementerios de Madrid», *La Ilustración Española y Americana*, 30 de octubre de 1915, nº 40, p. 828.

⁸ Véase, PEDRO NAVASCUÉS PALACIO, «La Alameda de Osuna: una villa suburbana», en *Estudios Pro Arte*, 1975, nº 2, pp. 21-24.

⁹ Navascués publicó una vieja fotografía del pabellón derecho en *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Madrid, 1973, lám. XVI.

locación de los huecos, con clásicos vanos termales sobre otros rectangulares. Relojes de arena alados en los frontones y aspas de antorchas invertidas, además de los búhos del friso de la columnata, configuran la iconografía fúnebre ideada por el arquitecto.

Este primer patio se delimitaba con galerías de nichos protegidas por arquerías y ordenaba su terreno con una trama ortogonal de paseos que daba lugar a dieciséis cuadros de jardín para panteones. Madoz, que conocía bien el proyecto de Gaviña, anunciaba: «las galerías tendrán sustentantes de hierro pareados con flameros en el intermedio. Sobre este primer cuerpo se colocarán los nichos para niños, con adorno de festones pendientes de vasos cinerarios»¹⁰.

Las obras se llevaron a cabo rápidamente. En el mismo año de 1849, el 12 de abril, se solicitó a Toledo la licencia para bendecir el camposanto y empezar a enterrar. Al año siguiente ya debía estar concluida la capilla, pues el arzobispo D. Juan José Bonel y Orbe concedía 80 días de indulgencia a quien rezara un padrenuestro y un avemaría ante la imagen del Santo Cristo de la Buena Muerte que allí se veneraba¹¹. Esta capilla ocupaba el pabellón derecho de la fachada –el izquierdo se destinaba a dependencias y vivienda del conserje– y debió ser edificio notable; Madoz decía: «ocupando una grandiosa capilla el frente de la entrada»¹². Velasco Zazo repite sus palabras: «En el frente de la entrada alzábase esta grandiosa capilla, rodeada de un romántico cipresal»¹³. Por su parte, Pastor Mateos demuestra, con una fotografía, que no era cosa de poca monta: planta de cruz griega con amplio espacio central circular cubierto por cúpula decorada al fresco con santos y ángeles sobre nubes¹⁴. Al carecer de torres, las campanas se dispusieron en una espadaña de estructura metálica, aún presente en la vieja fotografía del Archivo del Arzobispado.

El plano de Madrid de Ibáñez Ibero (1872-74) muestra el aspecto prácticamente definitivo del cementerio con sus sucesivas ampliaciones: el primer patio se flanqueó por dos patios gemelos con galerías de nichos porticadas y entradas independientes; el paseo central del patio primitivo enlazaba, a través de dos obeliscos, con una recta avenida de cipreses que subrayaba el eje mayor del gran recinto circoagonal que ocupaba el centro del camposanto, salpicado de ricas sepulturas y rodeado por arquerías de medio punto y de herradura que apoyaban unas veces sobre pilares y otras sobre finas columnas pareadas de hierro fundido. En línea con éste, se agregó otro patio, cuadrado, en cuyo testero, rematando el eje longitudinal del cementerio, se erigió un pabellón de forma absidal para enterramientos de distinción¹⁵. Al norte del patio cir-

¹⁰ PASCUAL MADÓZ, *Ob. cit.*, p. 937.

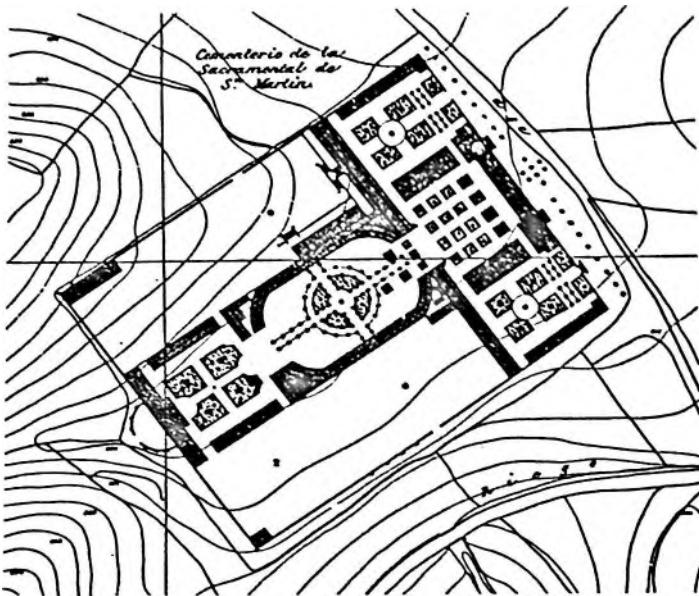
¹¹ A.H.A., *ibidem*.

¹² PASCUAL MADÓZ, *Ob. cit.*, p. 937.

¹³ A. VELASCO ZAZO, *Recintos sagrados de Madrid*, Madrid, 1951, p. 450.

¹⁴ E. PASTOR MATEOS, «El día de difuntos de 1973», en *Villa de Madrid*, 1973, nº 40, p. 66.

¹⁵ En el capítulo V de *La horda*, escrita en 1905, Blasco Ibáñez traza una emocionada y minuciosa descripción del cementerio de San Martín, «Hermoso y apacible como un vergel», donde sitúa una escena amorosa entre sus protagonistas. El pabellón que remataba la gran avenida central del camposanto era «un edificio abierto, especie de ábside, que ocupaba el fondo del cementerio, con



El cementerio de San Martín en el plano de Madrid
de Ibáñez Ibero, 1872-74

y acacias; en los patios, granados de jardín, adelfas, rosales, lirios, geranios, hiedras y crisantemos crecían entre setos de boj y de mirto; la nutrida plantación de cipreses, recortando sus formas contra la clásica arquitectura, confería al camposanto una romántica belleza que inspiraba por igual a pintores y escritores y hacía de él «uno de los lugares recónditos más atractivos, emocionantes y melancólicos de la ciudad»¹⁶. En el artículo citado, Pastor Mateos ofrece una panorámica del cementerio en la que se

muros en semicírculo y media cúpula. En las paredes habíanse abierto grandes hornacinas con ricas urnas funerarias. Los segmentos de la bóveda ostentaban varias pinturas representando la resurrección de Jesús. La gran puerta del fondo, cerrada por una verja mohosa, dejaba ver al través de sus vidrios el cerro de enfrente (...). Sobre esta puerta abriase un medio punto de vidrios de colores, por el que se filtraba el sol de la tarde, dando a las paredes, a las tumbas, al suelo, las palpitaciones polícromas del iris. La luz fantástica parecía prestar vida a las figuras de la bóveda, animándolas con esplendores de apoteosis» V. Blasco Ibáñez, *Obras completas*, Madrid, 1964, tomo I, p. 1.431.

El empleo de arcos de herradura –muy raro en un cementerio– debía otorgar a este patio un aspecto casi festivo.

¹⁶ FRANCISCO ESTEVE BOTÉY, *Evocación del viejo Madrid. El camposanto de San Martín. Recuerdos y experiencias de un viejo pintor*, Madrid, 1944, p. 35. Hacia 1910, Esteve Botey plantó su caballete durante muchos días en los abandonados patios del cementerio y guardó en su memoria interesantes detalles acerca de su arquitectura y vegetación. Realizó varios óleos y aguafuertes, algunos de los cuales ilustraron un artículo titulado «Mis pinturas de camposanto», publicado en la revista *Coleccionismo*, nº 107, noviembre de 1921.

coagonal se había iniciado la construcción de un sexto patio. El resto del terreno permanecía sin edificar.

Al igual que en otros cementerios construidos o ampliados a mediados de siglo –como los de San Isidro, San Luis, San Justo o el Patriarcal–, en la configuración del camposanto de San Martín los jardines jugaban un papel primordial, marcando una clara ruptura con el árido planteamiento de los recintos cementeriales de las primeras décadas del XIX. Su frondosa y variada vegetación se iniciaba ya ante la fachada, con una imponente línea de cipreses combinada con evónimos, arrayanes, lijos

observa la fachada principal con el soberbio telón de fondo del bosque de cipreses: Isidro Maltrana, el protagonista de *La horda*, de Vicente Blasco Ibáñez, siempre que lo veía de lejos, «pensaba en una acrópolis clásica de aquéllas que eran fortaleza, santuario y pasco a un tiempo». En el interior, «los mausoleos, las imágenes yacentes, los ángeles de mármol, en medio de las platabandas de tupida vegetación, parecían estatuas de jardín», un jardín cuya belleza melancólica «ahuyentaba toda idea de muerte»¹⁷.

Los diferentes patios del cementerio recibieron los nombres de Santísimo Cristo, Santo Domingo, Nuestra Señora de la Paz, San Martín, San Ildefonso y San Benito. En el primero se alzaban los sumptuosos panteones del conde de Quinto —con estatua yacente del finado—, del duque de Sevillano, del general Tacón y del general Pezuela, virrey del Perú, marqués de Viluma. Otros muchos personajes célebres fueron sepultados en este cementerio: el gran pintor Eduardo Rosales —hoy, en el cementerio de San Justo— y otro no menos grande, Eugenio Lucas Velázquez; dos pintores más: Francisco Sans y Cabot y Suárez Llanos; el escritor costumbrista Antonio Flores, el poeta Francisco Cea, Gertrudis Gómez de Avellaneda —trasladada después a Sevilla—, Ángel Fernández de los Ríos, Antonio Aparisi y Guijarro, Cayetano Alberto de la Barrera, el médico Mateo Seoane, el sabio José Solano, etc.¹⁸.

Poco es lo que añade el resto de la documentación localizada. En 1874, D. Domingo Gil, presidente de la Archicofradía, solicitó al Ayuntamiento el permiso para revocar las fachadas y efectuar reparaciones en el cementerio. Dicha licencia fue concedida con la aprobación del arquitecto municipal Francisco Verea¹⁹.

En 1879, la Junta de Gobierno de la Sacramental se quejaba de que las leyes que limitaban el enterramiento a los mayordomos ya inscritos les afectaran de igual forma que a otros cementerios peor situados y conservados, alegando que el suyo «consta de seis magníficos patios con variados y ventilados sistemas de galerías, siete pabellones de elegantes formas, una Capilla-museo, un espacioso Depósito de Cadáveres con todas las condiciones higiénicas, abundante agua y todo cuanto puede exigirse para su objeto, teniendo aún dos magníficos patios sin construir, y habiendo empleado hasta

¹⁷ V. BLASCO IBÁÑEZ, *Ob. cit.*, pp. 1.428 y 1.429.

¹⁸ PEDRO DE RÉPIDE, *Las calles de Madrid*, Madrid, 1972, p. 368.

MANUEL MESONERO ROMANOS, *Las sepulturas de los hombres ilustres en los cementerios de Madrid*, Madrid, 1898, pp. 40-44.

Algunos de estos escritores —Flores, Cea, Cayetano Alberto de la Barrera— fueron trasladados al panteón de Quintana en la Necrópolis del Este.

En A.S.A., leg. 6-455-1 se encuentran el permiso de traslación de los restos de Gertrudis Gómez de Avellaneda a Sevilla y la autorización para inhumar los de Ángel Fernández de los Ríos que habían sido traídos desde París en 1880.

Además del conde de Quinto y del marqués de Viluma, en A.S.A., leg. 44-460-32, se recogen los nombres de algunos otros ilustres militares enterrados en San Martín, como Enrique O'Donnell y José María Rodríguez Texeira.

¹⁹ A.S.A., leg. 5-101-98.

la fecha en su construcción una enorme suma. La ventilación, limpieza, buena distribución y jardines así como su situación elevada y fuera de la zona del ensanche le colocan como uno de los mejores cementerios de esta Corte»²⁰. Un informe de 1876 sobre la situación de los cementerios de la zona norte y la necesidad de suprimirlos, no se ocupa del de San Martín por estar lo suficientemente alejado como para no estorbar, aun a largo plazo, el desarrollo del Ensanche²¹. No obstante, el cementerio fue clausurado en 1884, seguramente teniendo en cuenta su proximidad a los depósitos de agua del Lozoya.

En 1885, en previsión de la epidemia de cólera que amenazaba a Madrid, la Sacramental de San Martín ofreció al Ayuntamiento el usufructo del patio de la Magdalena (de 2.729 metros cuadrados) para el enterramiento de los cadáveres del hospital de Vallehermoso y evitar así tener que atravesar toda la ciudad hacia el Cementerio de Epidemias, recién creado por Fernando Arbós y José Urioste en terrenos lindantes a los reservados para la construcción de la Necrópolis del Este. Como compensación de tan piadosas miras, «puramente religiosas», decían, sin afán especulativo o mercantil alguno, la congregación pedía que se le permitiera seguir inhumando a sus cofrades. Vano intento, el Ayuntamiento rechazó la proposición, por contradecir la ley y porque «revistiéndolo de miras religiosas, no es mas que ver el medio de conseguir sus fines particulares en perjuicio de la higiene y salubridad públicas»²².

Poco a poco, el abandono y la rapiña fueron haciendo mella en las edificaciones. En 1912 se producía el hundimiento de un trozo de galería en el patio de Santo Domingo, arrastrando 55 cadáveres. El arquitecto municipal Emilio del Alba informó sobre el caso, haciendo ver la necesidad que había –dado el estado de ruina que presentaba el recinto– de demolerlo todo o repararlo concienzudamente²³.

En 1914, la Junta de la Sacramental vendió el cementerio a su abogado y gestor, D. Dámaso Vélez Vélez, por 25.000 pesetas, traspasándole la obligación de llevar a cabo la monda del recinto. Este lo vendió a su vez y, tras sucesivas compras y ventas, volvió de nuevo a sus manos, en 1924, por sólo 15.000 pesetas. Ya en 1916, el Tribunal eclesiástico había declarado canónicamente nula la enajenación del cementerio e incursos en censura de excomunión a los vendedores y al comprador, el cual fue declarado, en 1924, sospechoso de herejía²⁴.

En 1920, Pedro de Répide todavía podía elogiar el «noble y bello cipresal que alza su silueta romántica tras la grave y elegante columnata del viejo camposanto», la «melancólica hermosura de este bosque», «tan sagrado por ser bello como por su paraje bendito», «su suntuoso y algo teatral aspecto de decoración de drama romántico; con

²⁰ A.S.A., leg. 7-69-8.

²¹ A.S.A., leg. 7-64-4.

²² A.S.A., leg. 7-69-34.

²³ A.S.A., leg. 20-73-154.

²⁴ *La Epoca*, 18 de abril de 1927. En A.S.A., leg. 44-460-39, se encuentra un expediente sobre la propiedad de los terrenos de los cementerios de la Patriarcal y de San Martín.

aquejlos marmórcos sepulcros de grandes personajes (...) que se alzan tras la columnata del pórtico y muestran su solemne blancura sobre el fondo oscuro del cipresal sombrío», y pedía la conservación de la columnata y del parque de cipreses y su conversión en un evocador jardín para disfrute de todos los madrileños²³.

En 1924, Francisco García Nava, arquitecto municipal de cementerios, visitaba el camposanto y calificaba su estado de ruina peligrosa e inminente²⁴. Tres años después, una Real Orden autorizaba la monda del cementerio; los restos pasaron a unas nicherías construidas al efecto en la Necrópolis del Este²⁵. De nada sirvió el interés que mostró el conde de Vallellano, entonces alcalde de Madrid, por conservar el cipresal de San Martín, ni que, por encargo de D. Adrián Piera y Mira, el arquitecto Jesús Carrasco realizara un proyecto para convertirlo en parque público²⁶. Todas estas bienintencionadas propuestas fueron desoídas y la «trapacería mercantil» —como decía el propio Répide— triunfó al fin, arrasando uno de los más hermosos recintos funerarios del Madrid del siglo XIX. El bosque de cipreses fue talado y convertido en leña durante la guerra de 1936.

En la actualidad, cuando parece que existe un mayor respeto por el patrimonio histórico y artístico de nuestra ciudad, está a punto de repetirse el triste hecho con los patios más antiguos de la Sacramental de San Isidro, donde, entre ruinas, escombros y basura, descansan personajes como la célebre duquesa de Alba, la familia de Goya, Manuel Fernández Varela, los generales Diego de León y Manuel Montes de Oca, el conde de Toreno, el primer duque de Ahumada, los pintores Rafael Tejeo, José y Federico de Madrazo²⁷, arquitectos como Isidro G. Velázquez, Custodio Teodoro Moreno, Francisco Javier de Mariátegui, José Alejandro Álvarez... Una actuación urgente todavía podría salvar la única muestra que nos queda de la arquitectura cementerrial de la primera mitad del siglo XIX.

²³ PEDRO DE RÉPIDE, «Los viejos cipreses del cementerio de San Martín», en *Nuevo Mundo*, 30 de enero de 1920. Agradezco esta referencia a D. Enrique Pardo Canalís.

En A.S.A., leg. 27-78-3, se cita una R.O. de 1 de mayo de 1924 suspendiendo la monda del cementerio.

²⁴ A.S.A., leg. 44-460-42. Ese mismo año todavía se llevaban a cabo algunas obras en el cementerio. A.S.A., leg. 44-452-26.

²⁵ Véase *La Epoca* de 25 de febrero de 1927 y *La Voz* de 2 de marzo del mismo año. También, A.S.A., legs. 44-457-98, 44-458-17 y 44-460-38.

²⁶ A.S.A., legs. 44-460-44 y 44-460-45. Un proyecto con esta finalidad, seguramente el de Carrasco, se comenta en F. ESTEVE BOTÉY, *Ob. cit.*, p. 137.

²⁷ La sepultura de los Madrazos se encuentra en la galería cubierta del costado norte del patio de San Isidro. La lápida, de mármol blanco, presenta la siguiente inscripción:

DILECTISSIMO IOSEPH MADRAZO ET AGVDO
CONIVX ET LIBERI
CORDE AFFLICTO ET LACRYMABVND OIVNT
REQVIESCAS IN PACE
AETATIS SVAE ANNO LXXVIII DIEM OBIT SVPREMVM
POSTRIDIE NONAS MAIAS ANN MDCCCLIX.